

¿Pasión por la muerte o muerte de la pasión?



El hombre se debate con el mundo y su destino, enmarañado, como gato en el estambre, en un tejido de pasiones irreverentes y desobedientes. Es el juego de las pasiones, el juego mismo de la vida, y éstas las que en última instancia tejen y configuran el sentido y el ser del hombre en su inhóspito andar sobre la Tierra. Porque la vida misma es, en su raíz más íntima, el delirio de la pasión, esa fuerza de desafuero y *desorbitación* que provoca que la vida se expanda y afirme, e incluso llegue a afirmar su propia negación. La pasión hace del alma humana un ámbito de la realidad que por naturaleza se caracteriza por ser excéntrica, no monolítica, nunca cerrada en sí misma, siempre abierta y llena de posibilidades.

La pasión hace que el alma esté siempre *fuera de sí*, que se derrame en la exterioridad para construir su interioridad. La pasión hace del alma un fuego siempre vivo, un constante fluir de aguas varias, fugaces y profundas en un río. La pasión es lo permanente en la inquietud, lo que hace que el alma sea una quietud inquieta, lo que permanece en el movimiento. Por la pasión, el alma es vuelo, es travesía; trayecto en cuyo devenir impetuoso el alma corre el peligro de desgarrarse en los remolinos de su propia fogosidad, porque su fuerza sensible, receptiva, suele acarrearle penas destructivas, que le llevan a vivir la pasión en sollozo acongojado y en riesgo constante de naufragio.

La pasión es una potencia, una fuerza ígnea que no depende de ningún objeto exterior para existir; es la fuente misma de la espontaneidad creadora del alma, pues aun cuando es receptiva ante las afecciones exteriores, es también activa e incluso reactiva para entretejer los universos imaginarios que hacen del corazón humano un reino de posibilidades inagotables. Así como los elementos primeros de la naturaleza fueron la materia prima para construir el gran drama del universo, así las pasiones son el origen del drama del alma humana (para escenificar el gran teatro de lo humano).

Lo que diferencia a la pasión del simple impulso o pulsión es que esta última se caracteriza por ser una necesidad inmediata que exige satisfacción sin salir de sí; la pasión, en cambio, se libera de la urgencia apremiante del cuerpo trascendiéndolo, para abrir a la conciencia un haz de posibilidades. En este sentido, la pasión implica conciencia y, como tal, no radica sólo en la animalidad; aún más, es lo que define al hombre como hombre. Y esto porque, mientras las pulsiones nacen de un centro orgánico preciso, la pasión no tiene localización; es el cuerpo el que la siente en totalidad, reflejada en la misma conciencia que la preside. Por la pasión constatamos que no hay un límite preciso que deslinde al cuerpo del alma; éstos se mantienen unidos por una íntima cohesión y una consonancia que hacen del individuo un todo indisoluble orientado hacia un sentido.

La pasión es la interiorización del cuerpo, es decir, la conciencia de la pulsión instintiva o arrebatada; por tanto, no sólo sabe lo que quiere, también quiere lo que sabe. Por la pasión el hombre sabe del mundo, pues es la fuerza que activa la conciencia y permite que conozca y sienta la presencia de lo ajeno como propio. Lo *otro* es aprehendido gracias al carácter excéntrico que la pasión provoca en el alma, pues la pasión siempre es pasión por lo *otro*. Excéntrico significa que el centro del yo no está cerrado en sí mismo, sino que está

siempre abierto al exterior; más aún, dicho término sólo se comprende en la dinámica vital interioridad-exterioridad.

Por la pasión el hombre interioriza el mundo. Sujeto-objeto no son polos ubicados uno frente al otro, ambos están disueltos de manera que no es posible fijar una frontera precisa que demarque la exterioridad y la interioridad. El objeto es tal gracias a que es aprehendido de una interioridad, y el sujeto es tal gracias a que está vertido y proyectado en un exterioridad. El centro de estos dos está en un errático vaivén que teje e hilvana el drama del mundo. La pasión es, precisamente, ese motor que mueve erráticamente dicho centro; es ex-tasis existencial.

La pasión es la condición de posibilidad; el conocimiento, pues, nos arroja a aprehender las cosas y nos permite entrar en contacto con el mundo. La claridad del mundo sólo es posible gracias a la inquietud y la zozobra, mediante las cuales la pasión nos hace salir de nuestra cavernosa mismidad, para lanzarnos hacia la búsqueda incierta de lo que llena dicha caverna. Si la pasión es *ciega* es porque de una u otra manera está llamada a ver, a iluminar, a pintar el infinito que encierra el oscuro y grisáceo misterio de la vida. Pues no puede ser *ciego* aquello que no está dispuesto de manera natural a la iluminación, al sentido de la vista que rompe con la espesa niebla de lo oculto. Quizá la pasión nos ciega porque nos encandilamos con la insoportable luz de su verdad, de manera que requerimos un filtro y una lente llamada razón o conciencia para conseguir encuadrar las formas que nos revela dicha luminosidad. Porque la pasión es, en su encubierto contenido, saturación de luz, por ello tardamos en asimilar lo que nos ofrece. De ahí que la pasión *ciega* sea clarividente y nos haga clarividentes, pues continuamente nos insta a ver lo que negamos (por estar perturbándonos en la inquietud y la zozobra), como Tiresias que, aun ciego, le insiste a Edipo para que vea su propio destino.

La pasión apremia a la verdad, porque esta última no puede ser dada sin una violencia espiritual que deje la vida en ello. Después de todo, no hay juego sin violencia. Y la violencia espiritual que nos permite abrir la cosecha del conocimiento, de la verdad, es la pasión. El espíritu que esté envuelto por una fuerza apasionada tan intensa que no pueda su cuerpo ser una linterna frágil de un incandescente sol, por lo que no puede evitar, por más sensatez férrea que se aplique, cual agua al fuego, ver el contenido de verdad que imperantemente se le ofrece con la pasión que le hiere. Sólo por la pasión existe la clarividencia del espíritu. No en vano, Platón veía en el enamorado a aquel ser que está endiosado (endemoniado), lo cual indica que sólo por la pasión es posible trascender la condición humana.

Por la pasión constatamos que el conocimiento no sólo es exclusivo de la conciencia y la razón, también es fisiológico y corporal. Pues si no hay conocimiento sin pasión, tampoco habrá ésta sin un estímulo corporal que despierte y encienda las energías reservadas en todo los circuitos ramificados en nuestros órganos vitales. De ahí que la pasión sea la idealización de la pulsión y, a la vez, la materialización de la idea apasionada. Por esta causa, la pasión subyace y dormita en la pasividad corporal, pero está siempre dispuesta a despertar al menor estremecimiento, pues el cuerpo —órgano apasionado por antonomasia— es fibra sensible que vibra al contacto de un sonido o un aleteo apenas perceptible del aire.

El cuerpo, cual si fuera un instrumento musical, tiende naturalmente a expresar sus sensaciones con el tono de las vibraciones generadas por el contacto con las cosas, en forma tal que parece una sinfonía inacabada. El cuerpo, aunque implícitamente, es un equipaje cognoscitivo tendente a aprehender el mundo, posee una sabiduría tácita o sedimentada; ahora bien, el mundo no se revela como tal sino por la pasión que hace trascender la pura masa informe de sensaciones: si el cuerpo capta y siente lo que ocurre fuera de él es por la pasión que lo constituye. La

razón y el cuerpo no pueden ser instrumentos de aprehensión sin la pasión que las anima a revelar el mundo y sus identidades. La pasión es, pues, la fuerza de esa expresión multivalente del espíritu que, en sincronía con la razón y el cuerpo, construye eso que llamamos conocimiento, haciendo del juego expresivo del ser un torrente musical, donde la pasión es precisamente la que dirige esa sinfonía inacabada que es la vida. Porque la pasión hace musical la vida.

La pasión es la música callada de la vida, y por esta razón se constituye como la fuerza misma que anima a toda expresión artística; quien está poseído por esta tormentosa fuerza no puede dejar de sentir una imperiosa necesidad de expresar libremente y en forma bella el sentido de su aflicción. La expresión es la sublimación del impulso y de las pulsiones vitales en forma de pasión; esta última organiza y orienta las tensiones y contradicciones internas de los afectos, a fin de convertirlos en contenidos expresivos del espíritu.

Por la pasión se espiritualiza la materia, y es el arte la forma más elevada en que la pasión plasma las motivaciones y pulsiones más profundas y arraigadas en la naturaleza humana. Por las artes, que son la expresión apasionada de la vida, el hombre no puede entregarse a la *pura* violencia, ya que la simple pulsión es, precisamente, la violencia pura como tal; pero cuando la pulsión se vuelve pasión y entra en consonancia con el espíritu puede haber condiciones viables para generar arte (la vida misma está llamada a ser una obra de arte).

La actividad de la pasión es el anhelo de poseer lo *otro*, de acceder y compenetrarse en lo *otro*; la manifestación más inmediata de ello se encuentra en la apropiación del otro cuerpo. Este intento de acceder a lo *otro* movió originariamente al espíritu hacia la verdad; de ahí que la actividad de la pasión sea por antonomasia una intención cognoscitiva. Si el impulso busca poseer únicamente la corporeidad de los otros, la pasión no puede satisfacerse sólo con la compenetración de los cuerpos, pues ello reduce a los

seres a *meras* presencias objetivas, incapaces de discernir el misterio de la identidad, el hálito oculto que el ser envuelve.

La pasión siempre está en volátil inquietud porque no agota nunca la incógnita que somos ni, menos aún, el reservado misterio de lo *otro*. La pasión continúa viva siempre que la expresión insondable del ser que nos la provoca se muestre renovada y reinstalada en su primario encanto. La sorpresa de lo nuevo en lo *mismo* es el acicate de la pasión siempre viva, la cual entre más sentido descubre en el juego del conocimiento del *otro*, más tiende a disipar las tinieblas de las apariencias y a iluminar todo enigma; ésta, entre más siente la textura, los contornos, las formas del sutil perfume de lo ignoto, las resonancias inacabadas de la expresión, más se mantiene en subyugada tensión hacia la altura para ahondar en el sentido oculto del ser que ha despertado la pasión. Ésa es la raíz mística de la pasión: fundirse en el ser de lo *otro*, condición suprema de la verdad.

La pasión nos exige siempre romper un límite, abriarnos desde las formas y texturas más concretas hacia intangibles horizontes, para desbordar, cual copa derramada en la etérea e intocable luz, la *pura* corporeidad en el ámbito de lo profundo y de la inmensidad, en el mundo de la espiritualidad. Sin la pasión no podríamos crear el mundo de la valoración ni, mucho menos, podríamos abrir el reino de posibilidades que constituye la libertad misma. Porque la pasión provoca que el hombre salga de sus límites espaciales y temporales y deje de ser un organismo atado a los condicionamientos puramente naturales para lanzarse a la indeterminación y a la espontaneidad de la libertad. La pasión es la fuerza que anima a la libertad.

Por la pasión superamos nuestra burda animalidad y nos abrimos a la trascendencia, pues ella instala el instinto en una dimensión de profundidad tal, mediante la conciencia, que hace posible el crisol de los más altos ideales del espíritu. Sin embargo, por el ímpetu mismo de su

trayectoria, que nunca es lineal ni ascendente, sino errática y torrentosa, puede hacernos caer en la más salvaje de las barbaries, en la indomable anarquía de las pasiones, ya que la conciencia, preñada de la exaltación pervertida de la imaginación, puede alterarse y sumergirnos en un viaje sin retorno en las profundidades de la locura. Así, la exaltación ilimitada de la pasión, en tanto confusión apasionada, desemboca en su propia aniquilación. La pasión se arranca a sí misma por su propia intensidad, lo cual insinúa que su esencia misma constituye el sacrificio, en el que el ser se afirma consumiéndose; la vida, agonizando; la gloria y la gracia, con la inmolación del propio cuerpo; la eternidad, en el instante que se devora a sí mismo. La pasión indica la unidad indisoluble de los contrarios en el ser mismo.

Por esta razón, la pasión es paradójica; es por excelencia tensión y contradicción interior, y como tal mantiene siempre la unidad de la conciencia en incesante vilo de encuentro y pérdida, porque el desborde del límite que la pasión misma acarrea es por definición una forma contradictoria y tensora de ampliar y enriquecer la identidad del ser o de extraviarla en la inhóspita indeterminación. La ambigüedad de la pasión es, de por sí, el juego del límite de la condición humana en el que se apuestan continuamente nuestra dignidad y nuestros más profundos móviles.

La lógica del límite genera la tensión entre el ser y el no ser, lo temporal y lo atemporal, el cerco de lo abierto y lo críptico, lo interior y lo exterior, lo finito y lo infinito, y permite la existencia de un hilo de fondo que teje el enmarañado escenario de nuestra existencia, donde las múltiples máscaras del yo adquieren configuración de personajes y actores en una misma obra. El *yo* es el director y el actor de su propia obra teatral, en la que se expone el drama de la existencia, la cual se concreta en el juego de las máscaras que cifran lo incógnito del misterio de la individualidad. Quien anima este drama es la pasión misma, como límite que inserta las trayec-

torias vitales de lo diverso en que se expresa lo uno. Lo anterior quiere decir que sólo instalados desde una perspectiva que englobe todas las perspectivas en las que nuestro yo se objetiva podemos, de alguna manera, no extraviarnos en las laberínticas trayectorias de la pasión y, al mismo tiempo, recuperar esta última como verdad de nuestro espíritu (centro gravitacional de la espiritualización de nuestro cuerpo y corporeidad de nuestro espíritu, lo que permite lograr el anhelo de hacer coincidir el complejo oficio de ser hombre con la dignidad).

Esta perspectiva que abarca todas las perspectivas, este punto que envuelve todos los puntos, este horizonte desde el cual se contemplan todos los horizontes, se abre cuando la existencia posee conciencia plena de su condición finita, mas ésta sólo se hace patente cuando somos conscientes de que la vida implica muerte y viceversa. El hombre es un ser que habita el mundo desde la visión de su propia muerte. Y la más soberana verdad que encierra la pasión es la implicación mutua entre vida y muerte. De ahí que la pasión sea, en sí misma, pasión por la muerte: vivimos anticipando la muerte. La muerte está incluida en el programa vital de nuestros genes desde el nacimiento. Nuestro cuerpo mismo es un proceso continuo de vida y muerte; en él, diariamente, millones de células son sustituidas por la generación de otras, cual danza creadora de muerte-vida. La muerte es la ley de la vida: para que algunos animales y plantas vivan otros tienen que morir. ¿Qué pasaría en la Tierra si padres, abuelos, tatarabuelos no muriesen nunca? Los hijos llegarían pidiendo sitio, y los hijos de los hijos devorando el sitio de los otros hasta romper con el orden natural de las cosas.

La muerte es la verdad interna de la totalidad de la vida. La pasión, que engendra en nosotros la muerte, es precisamente la que nos revela esta verdad intrínseca y la que nos permite descubrir el punto donde convergen todos los indefinidos puntos que entrecruzan las pasiones humanas. La muerte es la posibilidad de la vida, lo mismo

que la vida es la de la muerte. Vivimos muriendo rumbo a la muerte, momento final de un proceso mortal que dura toda la vida, pues en el torrente de ésta todas las pasiones circulan como animada por una sola: la pasión por la muerte.

En la naturaleza toda, observamos cómo unos seres tienen que morir para que otros puedan vivir. Herbívoros y carnívoros son una elocuente muestra de cómo la vida devora a la vida, de cómo la muerte de unos alimenta la vida de otros. Es una ley que no se puede atribuir a ninguna falta moral o a pecado alguno. Es un fenómeno demasiado arraigado en la naturaleza como para atribuirlo a la falta moral de una parte tan insignificante de esa totalidad, es decir, de la especie humana (ésta apareció demasiado tarde en la historia de la vida como para cederle un valor tan decisivo).

La pasión por la vida es una pasión por la muerte, precisamente porque la muerte es un medio que tiene la vida para renovarse y multiplicarse. Sin la muerte, no hay renovación; la vida se renueva y multiplica mediante sus raíces, sus semillas, sus huevos y la procreación, pero siempre con la muerte en cada respiración. La oleada de cadáveres de plantas, animales y humanos se convierte en el humus vital donde proliferan nuevos gérmenes que revisten inéditas formas de vida, siempre en un ciclo inexorable donde lo que cae da cabida a lo que se eleva, y el arriba y el abajo en dicho ciclo llegan a ser unidad intrínseca, manifiesta en la pasión indisoluble entre la vida y la muerte.

Por esta razón, la muerte como momento final tiene un valor especial para interpretar todo el proceso en el que la vida se ha desfogado como pasión. La muerte es el único punto de la existencia desde el cual se puede tener una visión de la totalidad. La pasión de la muerte nos permite tener la visión espiritual de las demás pasiones, las cuales sólo aportan visiones parciales.

Por el fruto se reconoce el verdadero sentido de la planta. Hasta que no se conoce el fruto mediante el cual la planta madura, no se puede

identificar el sentido interno de ésta. El fruto madura y muere; en ese momento vital, muestra su profunda razón de ser. En el fruto maduro se puede observar con más claridad la humildad ontológica, ya que en la muerte y en la pasión que ésta nos provoca se hace patente la esencial religación con la vida y su fecundidad. En el fruto maduro muere una forma de vida y queda abierto el camino para el origen de otra nueva, continuación de la anterior.

Si la muerte marca el sentido de la vida, la vida también marca el sentido de la muerte, y la mediación que las entrelaza y une es la pasión. La muerte es sólo el Omega de un proceso que inicia en el Alfa, que es el nacer. Alfa y Omega se interpretan mutuamente. El sentido que demos a uno decide el sentido que habremos de dar al otro; por eso, nuestra muerte está ligada a nuestro nacimiento y a todas las circunstancias de nuestra existencia.

En el Ser infinito, Alfa y Omega se identifican; en el ser finito, propio del hombre, están separados por una distancia: la existencia terres-

tre como pasión de ser. Esa línea que los separa y, a la vez, los une y refiere uno al otro es la de la pasión. Por eso no es posible valorar uno sin que, de hecho, quede valorado el otro.

La muerte es una palabra de la vida, un aspecto de la verdad de la vida. La vida habla o se *des-oculta* de muchas formas; tantas, como seres vivos existen: Habla como ser humano, como paloma, como hormiga, como ballena, como el fuerte roble, como el suave musgo. Todas esas formas de hablar o *des-ocultarse* conllevan otras tantas formas de ocultarse o guardar silencio. Cada forma de muerte es el momento del silencio y del ocultamiento de una forma de vida. Nacer es hablar. Morir es guardar silencio para que otros hablen. La muerte forma parte del diálogo de la vida. Cada uno de nosotros es una palabra de la vida. Somos palabra ontológicamente, aunque nuestras bocas guarden silencio. Nuestro ser habla por sí mismo. Cuando un ser muere, una palabra se retira al silencio, y con ello la pasión calla apagando su ensordecedor bullicio. Así, la pasión por la muerte acaba como muerte de la pasión. LC

